

Del ciego error que el ánimo inquieta,  
Y el corazon la vida y alma aprietta.  
En un negro y oscuro calabozo  
Prision puso á las damas el gigante,  
A cuya puerta está enterrado el gozo,  
Y la esperanza del mas adelante:  
Allí en la reina hizo tal destrozo,  
Que á faltarle el socorro de su amante,  
En cárcel triste y en prision muriera,  
O en duro pedernal se convirtiera.

Mas supo amor las nuevas de su dama,  
No me acuerdo ya bien cómo, ó por dónde,  
Quizá el paje de amores fue la fama,  
Que á veces mas que preguntais responde:  
O por ventura su amorosa llama,  
Que á quien bien ama nada se le esconde,  
No tengo al fin el cómo en la memoria,  
Que ha mucho que no cuento ya esta historia.

Y con lima sutil de desengaño  
A mil golpes forjada de ocasiones,  
Ya de la cárcel restaurado el daño  
De su dama deshizo las prisiones:  
Y el mismo que fue causa del engaño,  
Tambien triaca fue de sus pasiones,  
Y en un carro acerado de firmeza  
Salió de la zelosa fortaleza.

Y aunque por entre espinas, y entre abrojos  
Que son las flores del zeloso prado,  
La reina ya con mas alegres ojos,  
Animo y corazon mas sosegado,  
Triunfando de sospechas y de anteojos,  
En compañía de su niño alado  
A los paraísos vino del contento,  
Donde el perfecto amor tiene su asiento.

Aquí destos finisimos amantes,  
Tras discurso tan largo de pasiones,  
Como un vidrio nació de dos diamantes  
Un tierno niño hermoso de facciones:  
Y aunque sus padres eran ya gigantes  
En cuerpo, en amistad y en condiciones,  
El salió enano en todo y tan cenceño,  
Que no hay pigmeo en el mundo mas pequeño.

Es el hijo el Deleite, que en ser chico,  
Y costar caro, sigue los extremos,  
Dulce, sabroso, apetitoso y rico,  
Y que huye y se esconde á vela y remos:  
Desta ocasion nació, y os certifico  
Que á nadie cuesta menos, solo vemos  
Que á mi suele vendérsese barato,  
Cuando con gusto me oyen si hablo un rato.

ALEGORIA.

La natural obligacion que el hombre tiene á su patria se pinta en la introduccion del libro. El recelo de Ferragut en el castillo del jayan, muestra lo mucho que importa la buena opinion de la persona para no tener el trato por sospechoso, y el hallarse restituído á su ser venturoso, por faltarle el caballo Clarion, significa, que el hombre distraido en sus vicios, si despues se reforma con la Virtud, vuelve á hacer obras dignas de alabanza, cual fue matar al tirano Bramante, y poner en libertad la tierra, y los que en ella estaban oprimidos: pero si vuelve á dejarse llevar de su sensualidad, olvidado de la razon, como le sucede en Africa con Angélica, viene á morir en su obstinacion, y queda perdida para siempre cuanto honor y fama habia ganado, como allí queda Ferragut.

En la novela de Galintos se descubre la armonia y trabazon de las potencias interiores, y los efectos de la parte sensitiva y lo mucho que el deleite cuesta, y lo poco que dura.

LIBRO UNDECIMO.

ARGUMENTO. Roban segunda vez unos corsarios á Angélica á vista de Orimandro, que en compañía de Bernardo se embarca en su seguimiento: y habiéndola perdido de vista hace grandes sentimientos, y cuenta su vida y linaje, y la ocasion por donde Angélica vino á su poder. Orlando con la ocasion de la pregunta de Garilo, cuenta en una artificiosa fábula lo mucho que la ventura puede, disculpándose agudamente en ella de su antigua locura.

En tanto ya despues que alegre Alcina,  
Por frescas huertas y dorados techos,  
Con su aparato y ciencia peregrina  
De sus héroes ganó los nobles pechos;  
A embarcarse con gusto á la marina  
Venian de ricos dones satisfechos,  
Gundemaro, Bernardo y Floridano,  
Las damas de los dos, y el rey persiano.

Queríanse hacer al mar, cuando á gran priesa  
Correr á un barco vieron diez corsarios,  
Que habian de tres damas hecho presa  
En la isla con sus robos ordinarios:  
Entre ellas del Catay la real princesa,  
Conoció el persa rey, y los contrarios  
Huyendo de sus manos los primeros,  
Golfos del ancho mar cortan lijeros.

Desamparan huyendo la ancha playa  
Con dos ninfas, y Angélica con ellas,  
Y el libre esquite de cristal la raya  
De riscos llena huye, y conchas bellas:  
De nuevo el brio al persa rey desmaya,  
Y de nuevo se anima á socorrelas,  
Viendo que su fortuna burladora  
Con varios riesgos si que el bien que adora.

A cada cual el fin de su ventura  
Alcina en su jardin dió por su mano,  
Sola en todas la Angélica hermosura  
Oculta siempre estuvo al rey persiano:  
Jamás la alcanzó á ver, siempre en clausura  
La Hada ocultó el rostro soberano,  
Hasta aquella ocasion del dia postrero,  
Por mas dolor, ó por mejor agüero.

Si á Venus parió el mar, como se suena  
La mar es propio reino de amadores,  
Que todo amante siembra en el arena,  
Y sin número son los sembradores:  
Y ella en sus senos de agua y ondas llena,  
Y el amor de fatigas y dolores,  
Hondos piélagos son, donde se anega  
El que en tiempo mas próspero navega.

Algunos creen que la zelosa Alcina  
A Angélica persigue con cuidado,  
Y que culpas ajenas pena indina  
Llueven sobre su nuevo enamorado:  
Mas bien sea esto, ó sea su malina  
Estrella, que le lleva violentado,  
El la vió á tiempo que su vista bella  
Mas dolor le causó que gusto el vella.

Y entrando en su galeon á toda priesa  
Al gran Bernardo pide que se quede,  
Que no ir á socorrer á la princesa,  
Ni con su obligacion ni gusto puede:  
«El tuyo se haga, dijo, mas en esa  
Causa no veo ninguna que me vede,  
Seguir yo y reforzar tu brazo fuerte,  
O en feliz vida, ó en honrada muerte.

Donde fueres irá á buscar tu gusto  
De los demás se quede el que quisiere,  
Que un valor semejante es caso injusto  
No seguirlo hasta el fin, sea el fin cual fuere:  
Dijo, y todos dijeron que era justo  
Lo que dijo, y que quiere lo que quiere,  
Con que embarcados de comun intento,  
Las anchas velas dan al fresco viento.

Llevaron todo el dia á remo y vela  
El bergantin á vista de la proa,  
Y cuando al sol la tibia tarde yela  
La luz sobre la playas de Lisboa;  
Con la misma codicia con que vuela  
El presto acometer de una canoa,  
De través les salió, y en su presencia  
Con la suya venció su diligencia.

Barloáronse los barcos con denuedo.  
Y brio de pelear, y al rey persiano,  
Que viendo este suceso perdió el miedo  
Que antes tenia de seguirla en vano,  
Mostró el cielo teniendo el viento quedo  
Cuan corta marca es la del brazo humano,  
Y que el poder del rey, sea cual se fuere,  
No alcanza aunque lo estire donde quiere.

Calmó el viento, y quedó el galeon en calma,  
Y los barquillos dos en mortal guerra,  
El rey de Persia á rescatar su alma  
A pesar quiere de la mar y tierra  
Pasar á nado, que si el viento calma,  
No calma el fuego que su pecho encierra,  
No fue poco enfrenar su desatino,  
Seguu el punto á que su furia vino.

Pero llegó la noche, y con su luto  
El un barco y el otro se ha escondido,  
Y al campo á quien las aguas dan tributo  
En lágrimas dió el suyo el rey perdido;  
Que aunque salió del sol el sustituto,  
Su rayo de oro en plata convertido,  
Ni ese, ni el alba, ni el siguiente dia  
Al persa dieron luz de su alegría.

Bernardo á su valor aficionado  
Divertir sus congojas procuraba,  
¿De cuál le trajo amor á cual estado?  
¿Dónde á Angélica vió? le preguntaba:  
¿Si se embarcó forzado, ó de su grado?  
¿De qué ocasion su desamor manaba?  
A quien el rey con su voz enflaquecida,  
«Oye, dijo, el proceso de mi vida:

Entre la Susiana al Oriente,  
Y la áspera Carmania montuosa,  
Y entre el Pérsico mar, y puesta enfrente  
La helada Media, una provincia hermosa,  
Persia llamada, en belicosa gente,  
De la Asia es la mas rica y mas famosa,  
Cabeza de mil reinos y mil reyes,  
Que todos de las suyas toman leyes.

De aquí solo á mi brazo la obediencia  
Los dioses concedieron inmortales,  
Y á mi cetro, mi voz, y mi potencia,  
Cien coronas y cetros orientales:  
Mis mayores aquí por excelencia  
Con riendas de oro dan leyes iguales,  
De aquí Giro fue rey, de aquí Artabano,  
Jerjes, Sapor, Cabades el humano.

Este hizo á las pérsicas mujeres  
Que fuesen del comun (notable edito)  
A quien sucedió en reinos y en haberes  
Cosroes su hijo, de ánimo inaudito,  
Tal que hechos de sangre sus placeres,  
Barniz dió della al pérsico distrito,  
Deste procedió Hormisda, Artildo deste,  
Gran rey de la Cardusia, gente agreste.

De los Axianos pueblos á Tartaria  
Subió Artildo, y de aquí mi padre vino,  
El invicto Agrican, cuya contraria  
Luz de planeta y enemigo sino  
Quitó á traicion la vida, y la vitaria  
Fortuna, con el mismo desatino,  
A los piés puso de un francés bastardo  
La sangre de mi hermano Mandricardo.

Mas yo daré á las suyas con la mia  
Nuevo color, y al campo nuevo esmalte,  
O las veré vengadas, si el que cria

En mi este brio no hace que me falte:  
Este es el fin que en mis cuidados guia,  
Y causa que mi honor se sobresalte,  
Las veces que oye del sin luz Poniente  
Contar las armas, y nombrar la gente.  
Son varios los agravios con que el pecho  
La francesa nacion me enciende y arde,  
Y los que un jóven paladin ha hecho  
De nuevo á un mi vasallo el rey Aliarde;  
Que del honor de su dorado techo,  
Haciendo de su espada y fuerza alarde,  
A su bella Gautina, prenda amada,  
De su helada vejez sacó robada.

Y al rico camarín de su tesoro,  
Por desprecio á la cola del caballo,  
Rastrando le llevó un mahoma de oro,  
Que no queda valor con que aprecio,  
Sin que del pueblo arábigo ni el moro  
Parte fuesen las armas á estorballo:  
Dejo otros insolentes desafueros  
De Orlando, el conde Dirlos y Oliveros.

Que todos en mi alma ardiendo veo  
En gustos de venganza, á todos juntos  
En esto la haré, y este trofeo  
A los vivos daré y á los difuntos:  
Todos en mi memoria á mi deseo  
Con sangre escriben del honor los puntos,  
Sangre de hermano y padre, cuya fama  
A ir tras la suya me provoca y llama.

Absoluto señor, rey conocido,  
Por su muerte quedé al persiano estado,  
De mis vasallos con amor servido,  
Hasta de la fortuna respetado:  
Viéndome mozo, y de poder cumplido,  
Y no de ánimo corto y apretado,  
Llamado del furor y sangre ardiente  
Sali á buscar los mundos del Poniente.

Y dejando en mis reinos el concierto  
Que á mi sosiego y suyo convenia,  
Para embarcarme al deseado puerto  
De mis gentes cercado salí un dia;  
Y al dar las velas al viaje incierto  
Todo viento por próspero tenia,  
Que como á fin dudoso caminaba,  
Cualquier derrota ó viento me bastaba.

Si el deseo de venganza me movia  
á devolver el mundo y sus regiones,  
La fama que por él iba y venia  
De hazañas llena de inclitos varones  
Mas me alentaba á procurar la mia  
Por provincias de incógnitas naciones,  
Porque es corto y mas corto cuanto encierra  
Deseo que no sale de una tierra.

Los agüeros por Társico notados,  
A quien nunca engañó vuelo ningungo,  
Y dos valientes toros degollados,  
Negro á la Tempestad, blanco á Neptuno;  
El vientre y los pulmones consultados  
Desplego el lienzo al zéfiro oportuno,  
Zarpan las anclas, y la nao lijera  
Mi patria deja, el puerto y la ribera.

Y entre estas no ajustadas pretensiones  
El gusto en varias cosas divertido,  
Desterrado á buscar nuevas regiones  
Volando me entro por el mar tendido,  
Variando por diversas ocasiones  
Hasta el punto que el tiempo me ha traído  
A este lugar incierto, á donde el hado  
El bien que me quitó tenga guardado.

Con un templado norte viento en popa  
Salgo del seno pérsico volando,  
Y deseoso de ver la rica Europa  
Voy la olorosa Arabia costeanado:  
Por entre las Zenobias y Saropa  
La cuadrada Dioscórida buscando,

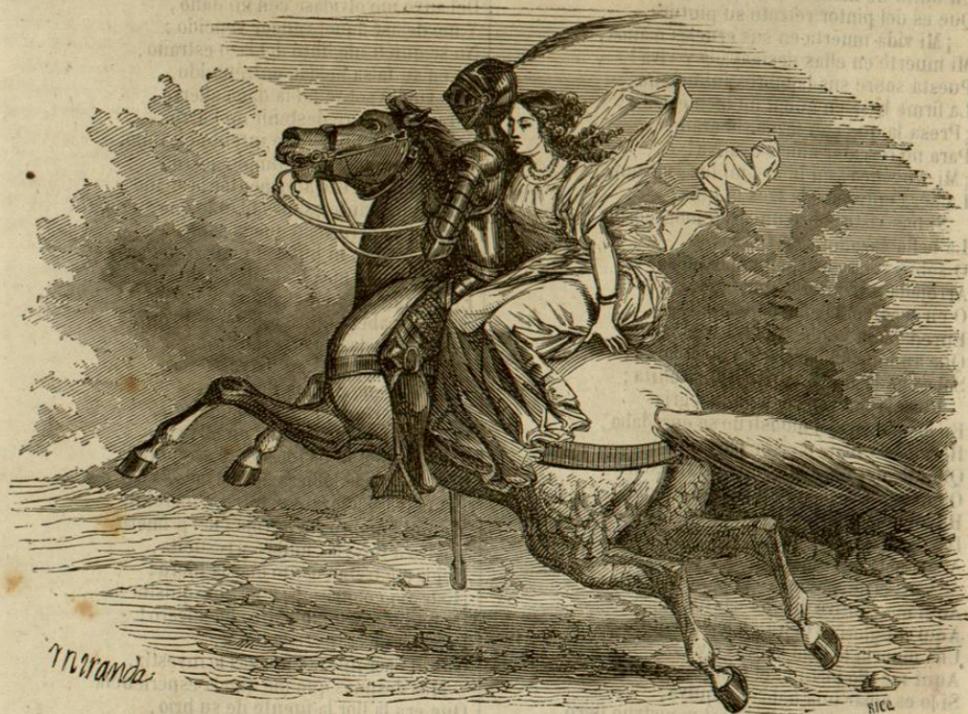


Dejo en el golfo Indico á Colidos,  
 En las nubes sus bosques escondidos.  
 A Melinde dejé á la diestra mano,  
 Y las dos Agatocles al Oriente,  
 Descubro á Tilos de inmortal verano  
 En palmares y olivas escelente:  
 La infeliz Meca, y su profeta vano,  
 Y de Eritrio el sepulcro puesto enfrente,  
 Y otras mil islas ya por popa dejo,  
 Y á la punta me voy del mar Bermejo.  
 Desde allí hasta el gran Cairo fui por tierra,  
 Y bajé por el Nilo á Alejandria,  
 Que las grandezas que el Egipto encierra  
 No me pudieron atajar la mia:  
 Y haciéndome el deseo mayor guerra,  
 Que un mundo extraño y nuevo me pedia,  
 En el Mediterráneo mar me arrojo,  
 Por firme norte el rumbo de mi antojo;  
 Que siempre en las regiones apartadas  
 Grandezas se prometen espantosas,  
 Aunque despues de bien examinadas  
 Iguales sean con las otras cosas:  
 Dejé las maravillas celebradas  
 Del Cairo y sus pirámides famosas,  
 Y deseoso entré en el mar profundo  
 De atravesar los límites del mundo.  
 Llenas las velas de apacible viento  
 Apenas por el mar sali volando,  
 El marinero con la vista atento  
 De la alta gavia el puerto contemplando,  
 Y el vidrioso y húmedo elemento  
 Con la liviana espuma blanqueando,  
 Cuando el sabio piloto con voz gruesa  
 «Amaina, amaina, grita, amaina apriesa.»  
 Un viento agudo entre una niebla envuelto,  
 Que exalacion del agua parecia,  
 A soplar comenzó poco mas suelto  
 Que su primera vista prometia;  
 Y el mar con esta alteracion revuelto

Mayor disgusto que temor ponía,  
 Cubren las nubes de un obscuro velo  
 El claro dia, y el sereno cielo.  
 Crece la tempestad, crece el tormento,  
 Y el rechinar de cuerdas y alaridos,  
 Carga la ciega noche, carga el viento,  
 Cargan truenos y rayos encendidos:  
 Ya la alta gavia toca el vano asiento  
 De las nubes, ya en agua sumergidos,  
 En ciega confusion, y horrible prueba  
 Aquí y allí el revuelto mar los lleva.  
 Aquella noche, un dia y otro dia,  
 Y sin ese otros diez fuimos corriendo,  
 Sin ninguna, ó con poca mejoría,  
 A la fortuna la cerviz rindiendo:  
 Mas cuando el ya olvidado sol vestía  
 De oro la mar, y de quietud su estruendo  
 A su alegre bonanza en nuestros pechos  
 Gozosos sacrificios dimos hechos.  
 En medio este ancho piélago sentada  
 Creta es por el gran Júpiter famosa,  
 Con cien nobles ciudades ilustrada,  
 De fértil suelo, y gente belicosa:  
 Aquí á arrojarme vino la pasada  
 Tormenta en otra en todo mas furiosa,  
 Pues aquella fue cierta profecía  
 Desta, en que ya se anega el alma mia.  
 Hace la isla un escondido seno  
 De seis tajadas peñas abrigado,  
 Con sus pendientes gajos, y un ameno  
 Bosque en floridos cercos coronado;  
 Donde en llana quietud el mar sereno  
 Libre del libre viento está guardado.  
 Aquí el barco surgió, y aquí mi gente  
 En su arena aferrar vió el corvo diente.  
 Dan fondo, amainan velas, y un ligero  
 Batel luego á la mar parió el navio,  
 Con que el pequeño pueblo forastero  
 Alegre se arrojó al bosque sombrío:

Sube al cielo el acento placentero,  
 La playa suena, el encogido brio  
 Cobra vigor, la deseada arena  
 Sale de varias invenciones llena.  
 Társico en el sacar primero ha sido  
 Del duro pedernal centellas de oro,  
 En cuyo agüero por ventura asido  
 El fuego horrible vió en que ardiendo lloro:  
 Este y aquel de pedernal nacido,  
 Que igual al pedernal es la que adoro,  
 Si aquel fue temporal, y el mio eterno,  
 Uno es fuego mortal, y otro de infierno.  
 En la yesca arrebatada una dudosa  
 Centella y vuelta allí dorada brasa,  
 Entre la seca leña una amorosa  
 Llama cundiendo va al principio escasa:  
 Lléganle un árbol y otro, y poderosa  
 Un roble, un pino y una encina abrasa,  
 Lo que antes la ahogara y consumiera,  
 Brio le pone y fuerza mas entera.  
 Sacan el duro pan, á quien mohoso  
 Dejó el humedo mar, y tiempo airado,  
 Y el rojo y lento trigo en el fogoso  
 Cerco vuelven enjuto y retostado:  
 Hácenlo al gusto menos trabajoso  
 Entre la dura piedra quebrantado,  
 Desabrida vianda, mesa odiosa,  
 Para sola la hambre apetitosa.  
 Tienden un toro en la ribera amena,  
 Y en nuevo son y alegre atrevimiento  
 Las entrañas desnudan, y resuena  
 El arrancar los huesos de su asiento:  
 Da la sangre color rojo á la arena,  
 Y á ellos con la esperanza nuevo aliento,  
 Siembran las brasas de pedazos crudos,

Cercadas de asadores no desnudos.  
 Cobran las fuerzas y vigor perdido  
 Sobre la blanda yerba recostados,  
 Olvidan el rumor, caese el ruido,  
 Entre el reposo y vino sepultados:  
 Yo á esta sazón de un limpio arnés vestido,  
 Con solo mi descuido y mis cuidados,  
 Por la selva me entré, que no debiera,  
 Pues se quedaba mi ventura fuera.  
 De una espesura en otra discurriendo  
 No mucho anduve, que sentí ruido,  
 Y hácia la parte que venia volviendo,  
 De mil fieras sembrando ví el ejido:  
 Juntas y todas de un temor huyendo,  
 Entre liebres también el leon temido,  
 Que entonces hizo allí el comun castigo  
 Con el tierno cordero el lobo amigo.  
 Has visto antiguos bosques encendidos  
 En roja llama, á quien esfuerza el viento,  
 Que del fuego el estruendo y estallidos  
 Las fieras saca de su verde asiento,  
 Y á las que halla en sus amados nidos  
 Les da en ellos eterno alojamiento,  
 Y huyen del peligro amontonados:  
 Lobos, corderos, osos y venados.  
 Pues no de otra manera su manada  
 Por el espeso bosque discurría,  
 Y la selva no menos alterada  
 Que con cercano fuego parecia:  
 Yo la vista y no el alma sosegada,  
 Mirando á donde el daño procedía,  
 Un fiero monstruo ví, una sierpe horrenda,  
 Que al monte abría, quebrando pinos, senda.  
 El medio brutal cuerpo tenia enjerto  
 Con alas de serpiente venenosa,



De la cintura arriba el talle abierto,  
 En feroz proporcion sombra espantosa:  
 De espesas cerdas ásperas cubierto,  
 Con rostro indigo de doncella hermosa,

Uñas y brazos de dragon tenia,  
 Quimera dirás que es, ó invencion mia.  
 No fue antojo, señor, ni falsa idea,  
 Bien que á no haberlo visto lo dudara,

Y ser hija la horrible sombra fea  
De algun confuso sueño imaginara :  
Sobre el mas alto pino señorea  
Su fiero cuerpo y su hermosura rara  
Juntando en dos extremos su figura,  
Igual con la fealdad la hermosa.

Cual entre secas agostadas cañas  
De roja mies en pérsico sembrado.  
Rompiendo va sus frágiles marañas  
Un receloso ciervo el cuello aizado :  
Al tierno bramo con que amor le engaña,  
Que no hay estorbo á pecho enamorado,  
Y por lo mas cerrado y mas espeso,  
Mejor camino y rastro deja impreso.

Así por la confusa selva espesa  
El monstruo iba rompiendo los jarales,  
Y cual turbio raudal rota la presa,  
Peñascos lleva, encinas y animales :  
Y en la senda que al bosque deja impresa,  
Matas, robles y fresnos hace iguales,  
Ni le es del pino mas la enhiesta viga,  
Que al segador la caña de la espiga.

Si causó alteracion con su venida,  
Tú, sin decirlo yo, lo habrás pensado,  
Alto el cabello, la color perdida,  
El miedo me llevó el sentir robado :  
La voz á la garganta quedó asida.  
La sangre muerta entre un sudor helado,  
Si otra vista la vida no me diera,  
Allí de aquel primer temor muriera.

Traia, ¡oh cielo santo! he de decillo,  
Entre sus corvas uñas aferrada  
Una divina imagen, un cuchillo,  
Que de su muerte la dejó vengada :  
¡El alma en su viril tiembla en oïllo!  
Traia á la beldad misma robada,  
Un bulto de marfil, una figura,  
Que es del pintor retrato su pintura.

¡Mi vida muerta en sus crueles manos,  
Mi muerte en ellas desmayada y viva!  
Puesta sobre sus hombros inhumanos  
La firme basa en quien mi bien estriba!  
¡Presas la que con lazos soberanos  
Para no rescatar almas cautiva!  
¡Mi Angélica, mi bien, mi luz, mi guia,  
La fiero entre sus brazos la traia!

Si has visto sobre un risco montuoso  
La bella cazadora de Diana,  
O sobre roca en mar tempestuoso  
Arrojada una virgen soberana,  
O en seco roble, duro y espinoso,  
Enredada la verde vid lozana,  
Que aunque allí su florido abril imita,  
Sobre el desnudo tronco se marchita ;

Pues la imagen así de mi alegría  
En los brazos del monstruo se enredaba,  
Hermoso y blanco cisne parecia,  
Que de algun seco tronco preso estaba :  
O cual de Grecia á Persia pasó un dia  
Huyendo el que á salvarlo lo llevaba  
De algun Zeújis, un ángel bello alado,  
A sus piés un dragon de oro enroscado.

Aquí el amor me dió el primer asalto,  
Aquí me cautivé de una cautiva,  
Aquí mi gloria vuelta en sobresalto  
Una muerta beldad la dejó viva :  
Aquí me dió fortuna el bien mas alto,  
Si lo es amar una beldad esquiva,  
De entre las manos de aquel monstruo fiero  
A mi pecho salió el arpon primero.

Al principio entendí que era Diana,  
O alguna diosa de aquel bosque umbroso,  
Que así robada una fantasma vana  
Por caso la llevaba milagroso :  
En gualdas vuelta la color de grana

Marchitó al rostro su clavel hermoso,  
Cual tierna y fresca rosa dividida  
Del verde tronco que le daba vida.

O con gritos hiriendo las estrellas,  
O con desmayos muerta se quedaba,  
Con sus medrosos llantos y querellas  
Hasta la misma fiero se ablandaba :  
Yo que nací para morir por ellas,  
Y á solo esto mi estrella me guiaba,  
En un punto cobré el color perdido,  
Del nuevo fuego del amor nacido.

Pico el caballo, á quien el duro freno  
Apartarlo del miedo no podia,  
Que aquí y allí por entre el bosque ameno  
Huyendo me llevaba y me traia :  
La fiero que me vió, en el verde seno  
De un crespo pino puso á mi alegría,  
Y á mí se vino, cuyo brazo fuerte  
Sombra me pareció del de la muerte.

Con la facilidad que es arrancada  
De tierna mata una encarnada rosa,  
Que la dama con mano descuidada  
En su cabeza vuelve mas hermosa,  
Y della nuevamente coronada  
Su descuido prosigue victoriosa,  
Sin mas estorbo que bajar la mano,  
Y cortar el capullo mas galano ;

Así el contrecho monstruo me arrebató,  
Y por fuerza me arranca de la silla,  
Y entre sus manos ásperas me trata  
Cual de tierno alelí rosa amarilla :  
Y ni me arroja, hierre, ni maltrata,  
Antes se me avasalla y se me humilla,  
Dame asiento en el hombro, y su cabeza  
Por engañosa y frágil fortaleza.

Creyó que bastaria aquel engaño,  
Para que en su belleza divertido  
Del suyo me olvidase con mi daño,  
Y me dejase aquel vencer vencido :  
No sé quién me libró del lazo extraño,  
Ya en su falsa beldad entretenido,  
Que vuelto sobre mí la daga afierro,  
Para con sangre desteñir mi yerro.

Por una y otra parte intento en vano.  
De dar rojo barniz al limpio acero,  
Y es todo el fruto atormentar la mano,  
Que el diamante es mas blando que su cuero :  
Hasta el áspero vello queda sano,  
Y no se altera ni huye el monstruo fiero,  
Antes cuanto mas trato de su muerte  
En regalos los golpes me convierte.

En la cabeza entre guedejas de oro,  
Que coronadas de arrayan traia,  
¡Milagro extraño! su mayor tesoro  
En el engaño de una flor tenia :  
Si un poco con la mano la desdoro,  
Cebado en la beldad que en ella via,  
Aun no bien la he tocado, y asombrada  
Por tierra cae la fiero desmayada.

Vuélvese á levantar torpe y marchita,  
Y en el hombro me arroja cual primero,  
Vuelvo á tocarla, muere y resucita,  
Mejor me trata cuanto mas la hiero :  
¡Estrano combatir! ¡guerra esquisita  
De un bulto así fantástico hechicero!  
Por hija de la tierra la tenia,  
Que al caer nuevas fuerzas le investia.

Mas despues que me dijo la experiencia  
Que era la flor la fuente de su brio,  
Y que en una atrevida diligencia  
El mas fértil rosal queda vacío :  
Hallando de fingida resistencia,  
El muro principal de su desvío,  
Cierro la mano, y al furor violento,  
Flor, guirnalda, y rigor deshizo el viento.

En un liviano sueño cuidadoso,  
Con silencio llegué : mas no tan brava  
El aspid deja el lecho perezoso.  
Como las flores ella de su asiento,  
Temerosa de algun atrevimiento.

Mas ya de su recelo asegurada  
A proseguir volvimos el camino,  
Por el rastro y la senda mal trillada  
Que de la horrenda sierpe el bulto vino :  
Y no mucho despues de gente armada  
Un formado escuadron vimos vecino,  
Que á buscar á su diosa, y mi alegría,  
Por el camino que íbamos venia.

Llegan á ver la que en el vientre horrendo  
Hallar creyeron de la oscura fiero,  
Y no les asegura estarla viendo,  
Que aun la experiencia dudan verdadera :  
Piensan que sea su sombra, que volviendo  
Del cielo, aun en sus campos persevera,  
Y el rey que entre sus ojos se abrasaba,  
Viva la via, y muerta la lloraba.

Era Tifeo en el cretense suelo,  
Aunque extranjero, rey obedecido,  
A quien castigos del piadoso cielo  
Traen en varias desgracias afligido :  
Y entonces por templar de su hado el vello  
Daba en seguir la escuela de Cupido,  
Que es fuego el niño amor, y suele puesto  
Sobre la seca leña arder mas presto.

Llevaron para ser sacrificada  
A Creta en un cruel altar sangriento  
La Angélica beldad, en quien trocada  
Mi vida, mi alma y mi memoria siento :  
Vióla Tifeo en su vejez helada,  
Y encendióle su vista el pensamiento,  
Que el alma siempre es moza, y con antojos  
Las niñas se remozan de los ojos.

Impidió el rey cretense el sacrificio  
Haciéndolo el del alma ya rendida,  
Mas como ni uno ni otro fue propicio  
La voluntad sobró de comedida :  
Si amor no da quilates al servicio  
Ninguna intencion buena es admitida,  
Y sean desta verdad estampa viva  
Dos reyes á los piés de una cautiva.

Libró el cretense de la muerte odiosa  
Mi dulce vida, y en sus reinos hizo  
Tuviese propio altar, y fuese diosa,  
Que esto y mas puede un amoroso hechizo :  
Hasta que aquella horrible fiero hermosa  
Su ciego error é idolatría deshizo,  
Trayéndola en sus uñas como cebo,  
Para hacerme á mi idolatra nuevo.

Habia dos años que aquel reino triste  
Sobresaltado estaba é inquieto,  
Que al hado que á su gusto ordena y viste  
La mortal vida todo está sujeto :  
Tú, ciego amor, el instrumento fuiste,  
Fiero verdugo del fatal decreto,  
Que tu trato y rigor esperimentado,  
A ti, por mas cruel eligió el hado.

¿Querrás saber adonde hallaron fuente  
Los males que han á Creta perseguido?  
¿Qué furor los crió? ¿qué rabia ardiente?  
¿A qué deidad en ella se ha ofendido?  
Oye el extraño caso, advierte y siente,  
Suceso es raro, mas verdad ha sido,  
Ni tú lo dudarás, ni yo lo dudo,  
Hízolo el cielo, que hacerlo pudo.

De Alencastro, gran duque de Colonia,  
Unico hijo, y único deseo,  
De la española sangre y la apolonia,  
Es, segun dice el mundo, el rey Tifeo :  
Cuyo cristiano rito y ceremonia  
De su patria llevaba al pueblo hebreo,

Cayó la fiero por el verde suelo  
Vuelta de ágil y diestra perezosa,  
Y ya descoyuntada en mortal yelo  
Fria se halló en la tierra polvorosa :  
Yo volviendo los ojos junto al cielo,  
Vi sobre un árbol mi gallarda diosa :  
«Si tal fruta, señora, dan los pinos,  
Con razon son los dioses sus vecinos.»

Así le dije, y por el tronco arriba  
Donde mi gloria estaba fui subiendo,  
Bajo cargado de la fruta altiva,  
Mis hombros carga celestial sintiendo :  
No los de Atlante (si es verdad que estriba  
El cielo en ellos) ni Hércules viviendo  
Sustentar pudo carga mas preciosa,  
Que si él cargó su cielo, yo mi diosa.

Toca con sus hermosos piés el prado,  
Y valos engastando en nuevas flores,  
Su pecho no del todo asegurado  
Entre varios recelos y temores :  
Señal á la fiero, á mí y al despoblado,  
Tema que no sentia mis dolores,  
Pues no hay córtre mas bien acompañada  
Que los desiertos con la prenda amada.

Mi caballo busqué, que temeroso  
Por la selva se entró tascando el freno,  
Y poniendo á las ancas mi reposo,  
Sin él me fui de sobresaltos lleno  
Por donde el monstruo vino, receloso  
De no perderme por el bosque ameno :  
Vano temor, á quien su gloria nueva,  
Vencido el riesgo, con victoria lleva.

Mil regalos le dije, y mil ternuras,  
Que el amor me enseñaba y mi cuidado,  
Unas disimulaba por oscuras,  
Y otras pasaba en risa y desenfado :  
Contome sus pasadas desventuras,  
Los presentes desdenes de su hado,  
Quién fuese, dónde, y cómo la cogiera  
El contrahecho monstruo y sierpe fiero.

Dijome que era reina del Oriente,  
Princesa del Catay, por quien el mundo  
Mas sangre derramó, y perdió mas gente,  
Que agua y arenas tiene el mar profundo :  
Que se casó en los reinos del Poniente,  
Niña, con Ganimedes el segundo,  
Y que por vello tiene algun recelo,  
Que lo ha robado, como al otro, el cielo.

Contóme que las justas pretensiones  
De hallarle la traian distraida,  
Y que de unas en otras ocasiones  
Cautiva y sola á Creta fue traída ;  
Y allí con imprudentes abusiones  
Por diosa de las flores recibida,  
Donde en honras y fiestas semejantes  
La fiero la robó dos horas antes.

Con estos cuentos, con la luz del dia  
A un tiempo nos faltó bosque y camino,  
Y fue nos fuerza, por faltarnos guia,  
La oscuridad pasar que allí nos vino :  
Yo sin dormir, velando á mi alegría,  
Y el bulto contemplando peregrino,  
Y ella tambien sobre el florido suelo,  
De amor el uno, el otro de recelo.

Restituyendo al mundo las colores  
Que la ausencia del sol llevó robadas,  
La aurora entre argentados resplandores  
Sale, siguiendo Apolo sus pisadas :  
Las lozanas libreas de las flores,  
De varia pedrería y luz sembradas,  
Brotando todo al declararse el dia,  
Gusto, regalo, gozo y alegría.

Yo sin dormir, que amor me desvelaba,  
Y el sueño me quitaba y el reposo,  
Donde mi vida desmayada estaba

Cuando amor al viaje peregrino  
 Los pasos atajó, y cortó el camino.  
 Y la cretense ilustre monarquía,  
 Que hoy en soberbio cetro de oro enfrena  
 Toda por suya se la dió en un día,  
 Aunque de ley cristiana y patria ajena:  
 De la infanta Calipso que regia  
 Su reino entonces vió la luz serena,  
 Y tanto en sus cuidados pudo el vella,  
 Que su patria olvidó y su Dios por ella.  
 Gozó su amor, y en nudo y lazo honesto  
 De duque de Colonia en rey de Creta  
 El estado mudó, y mudó con esto  
 En mas sabrosa ley su ley discreta;  
 Pues este noble rey, grave y modesto,  
 Y de Calipso la beldad perfeta,  
 Que hoy desde su gran reino al de la China.  
 La fama nos la vende por divina.  
 Una hija tuvieron que en grandeza  
 Y beldad diosa humana parecia,  
 Dúlcia llamada, cuya gentileza  
 Cuentan que á las mas grandes escedia:  
 De un año era la niña, y en belleza  
 Con todas las tres gracias competia,  
 Cuando su madre quiso hacer propicios  
 Los dioses con devotos sacrificios.  
 Un real jardín en el palacio habia,  
 De un bosque espeso antiguo coronado,  
 Que de regalo y muro le servia,  
 A los caseros dioses dedicado:  
 Era cierto rumor que en él vivia  
 De las ninfas el coro consagrado,  
 Adonde en vivas plantas escondidas,  
 Estrechas gozan y delgadas vidas.  
 En medio del jardín al cielo abierto  
 Un inviolable y sacro altar estaba,  
 Que lo alto de un espeso laurel yerto  
 Con su confusa sombra le amparaba:  
 De los Penates aposento cierto,  
 Donde ordinario incienso humeaba,  
 Aquí la reina con horrible espanto  
 El altar vió temblar y el laurel santo.  
 O fuese de los signos causa oculta,  
 O del hado justísimo decreto,  
 O en la divina celestial consulta  
 Tuviere lo interior algun defecto;  
 Nuevo prodigio del temblar resulta  
 Que el sacrificio se quedó imperfecto;  
 Los muertos animales consultados  
 Sucesos dieron sin pensar turbados.  
 De rosas y jazmines coronada  
 El huerto tiene una preciosa fuente  
 Del tiempo sin artifice labrada,  
 Que al bosque fertiliza su corriente:  
 La fiesta no del todo celebrada,  
 Con el fuego el altar resplandeciente,  
 Calipso con mil flores en la falda,  
 Aquí llegó á tejer una guirnalda.  
 Y una ama honesta que á la infanta hermosa  
 En el pecho abrigada entretenia,  
 Y con templada leche sustanciosa  
 Su dulce y tierna carga mantenia;  
 Junto al estanque una encarnada rosa  
 Gravinia, que así el ama se decia,  
 A la niña cortó, y el dulce oficio  
 De sus desgracias fue el primer indicio.  
 Cuento notorio, fue sabido en Creta:  
 La primer rosa apenas fue cortada,  
 Y en rojas gotas dió y sangre perfeta  
 La tierra en torno el ramo salpicada:  
 Tembló Gravinia, y la deidad secreta  
 Adora que en la planta está encerrada,  
 Cuando al vecino bosque fue corriendo  
 Nuevo temblor y movimiento horrendo.  
 Temerosa Gravinia atrás volviera

Los prodigios huyendo pavorosos,  
 Si en el sangriento prado no se asiera  
 Arraigándose en él sus piés hermosos:  
 Procura con dolor sacarlos fuera,  
 Y ellos vueltos en lazos revoltosos,  
 Desnudos ya de su primer figura,  
 Corriendo se entran por la tierra oscura.  
 Entre una bruta y áspera corteza  
 Escondiendo se fue el semblante airoso,  
 Y su antigua hermosura y gentileza  
 Del duro tronco huyó en bulto espantoso:  
 Las manos da furiosa á la cabeza  
 Contra el tesoro del cabello hermoso,  
 Y de otro ser vestidos ella y ellos,  
 Verdes hojas arranca por cabellos.  
 La tierna niña endurecer se siente  
 El blando pecho que colgada estaba,  
 Y falto de substancia, la caliente  
 Leche ya poco á poco le faltaba,  
 Del duro tronco la áspera creciente  
 Hasta el delgado estómago ocupaba:  
 Gravinia, allí la reina te ayudara,  
 Si con las fuerzas que perdió se hallara.  
 Lo que pudo guardó, y á toda priesa  
 Cogió del árbol la primer manzana,  
 Y huyendo el nuevo asombro, á la princesa  
 Pecho le dió, y posada mas humana:  
 Corrió el cretense pueblo á ver la empresa  
 De la violenta furia soberana,  
 Glauro ya sin mujer presente estaba,  
 Y los calientes ramos abrazaba.  
 Toda dentro del árbol se escondia  
 La arraigada beldad, cuya belleza  
 En ásperas crecientes deshacia  
 Por el tronco la rústica corteza:  
 Ya de los labios el coral se huia,  
 Tiemblan los hombros, sienten la dureza,  
 Caen por las hojas lágrimas, y en ellas  
 Mil perlas son entre esmeraldas bellas.  
 En tanto que la voz halló camino,  
 Y el nuevo ser no entró por la garganta,  
 Así dicen que dijo tu destino,  
 Hermosa niña, aquella nueva planta;  
 Que el orden celestial, brazo divino,  
 Es quien las cosas de su ser levanta:  
 «Si alguna fe se da á los desdichados,  
 Oye, Dúlcia, tu suerte, oye tus hados.  
 Por las deidades soberanas juro,  
 Que almas son ya destas calladas plantas,  
 Que estoy sin culpa del castigo duro  
 Con que ora, ¡oh hado adverso! aquí me plantas:  
 Y si es falso mi ánimo ó perjurio,  
 La aguda hacha arroje al fuego cuantas  
 Ramas me diere el tiempo, y sin frescura  
 Mis troncos caian por la tierra dura.  
 Y á ti tambien sin culpa, desdichada,  
 Corta suerte tu estrella te ha ofrecido,  
 Tierna niña, tu vida está engastada  
 En aquel tronco en fuego consumido:  
 Creta con él vendrá á ser abrasada,  
 Así en el cielo queda establecido,  
 Mientras puedo sentir su tierno brazo,  
 Consentid que me dé el último abrazo.  
 Y si piedad en vuestros pechos queda,  
 De estos mis nuevos ramos la frescura,  
 Del agudo cuchillo haced que pueda  
 Vivir sin daño de los dos segura:  
 Y á la raíz que este jardín enreda  
 El fresco humor le dé inmortal verdura,  
 Sin que jamás rigor de brazo airado  
 Mi cuerpo deje y tronco deshojado.  
 Ya la voz, ya la vista se me acaba,  
 Siento en los ramosirme dividiendo,  
 Y frio el calor que espíritu me daba  
 Entre el macizo tronco consumiendo »

Dijo, y el bello rostro que quedaba  
 Se fue, viéndolo todos, deshaciendo,  
 Helóse la ganganta delicada,  
 La palabra quedó en la lengua helada.  
 Dejó el ser y la habla todo junto  
 Gravinia en árbol nuevo convertida,  
 Y al mas brioso de temor difunto,  
 La color, el aliento y voz perdida:  
 La reina al rojo altar sin perder punto  
 A guarecer en el tizon la vida  
 De su hadada y tierna infanta pasa,  
 Donde ya ardiendo estaba vuelto en brasa.  
 Del fuego le sacó, y en agua muerto  
 Cobraste, oh Dúlcia, nueva hermosura,  
 Y en un lugar seguro y encubierto  
 Tu vida con su muerte se asegura:  
 Divino ramo, pero extraño enjerto,  
 Poner en seco tronco la ventura,  
 De humor y no de lágrimas enjuto,  
 Señal que ni promete flor ni fruto.  
 Creció la infanta, y su tizon hadado  
 En oro incorruptible se guardaba,  
 A su cruel madre fue en custodia dado,  
 Y no á quien mas su guarda le importaba:  
 A tí se habia de dar, Dúlcia, tu hado,  
 Pues á tí sola el bien ó el mal tocaba,  
 Si nadie quiere ser de sí homicida,  
 ¿Quién guardará mejor que tú tu vida?  
 Calipso otra parió tras esta diosa,  
 Como tras de la aurora nace el día,  
 Segunda en tiempo, pero en ser hermosa  
 A todas competencias excedia:  
 Otra Diana, ó Venus amorosa,  
 Dúlcia ausente, Crisalba parecia,  
 Si la beldad segunda no naciera,  
 Dúlcia fuera en su mundo la primera.  
 Esto digo, señor, por relaciones  
 De los que oí contar el caso en Creta,  
 Sin disminuir ni acrecentar razones,  
 Ni á las tuyas buscar causa secreta:  
 Mas no porque en humanas perfecciones  
 Piense que alguna igual en ser perfeta,  
 Ni juntas todas á la real princesa  
 Que amor me puso en la memoria impresa.  
 Fue Crisalba de todos preferida  
 Por suerte, condicion, gracia y cordura,  
 Del reino y de sus padres escogida,  
 Que mas que esto se da con la ventura:  
 Dúlcia graciosa, y nada desabrida,  
 Y en belleza un milagro de hermosura,  
 Faltóle dicha, y fueron en su pecho  
 Los tesoros del tiempo sin provecho.  
 Iguales sin igual, la soberana  
 Suerte cayó en Crisalba mas cumplida,  
 Siguió Dúlcia la alegre caza ufana;  
 Cuyo ejercicio le quitó la vida:  
 Ceñida al talle y rito de Diana,  
 La púrpura igualmente recogida,  
 Y descubierto aquello que podia  
 Fuego ardiente volver la nieve fria.  
 De la rodilla abajo descubierto,  
 Cual clavel sobre nieve deshojado,  
 El pecho de alabastro y grana abierto,  
 Y el un brazo y el otro arremangado:  
 El dorado cabello sin concierto,  
 Como al descuido con un nudo atado,  
 Un arco corvo y una aguda flecha,  
 Este en la izquierda, y esta en la derecha.  
 Colgada de los hombros rica aljaba,  
 Donde sonando van las flechas de oro,  
 Hasta la turbia envidia enamoraba,  
 Que de lejos contempla su tesoro:  
 Así la córte en general la alaba,  
 V así el palacio real por tu decoro  
 Un divino pincel le dió en un rato,

Desta muerta beldad vivo un retrato.  
 Allí en el ademan se ve pintada  
 Que al presto corzo ó javalí seguia,  
 En tan viva destreza, que engañada  
 La vista deja llena de alegría:  
 Cabe ella un alta haya coronada  
 Con despojos de varia montería,  
 De osos las presas, de leon los niervos,  
 Y cuernos duros de ligeros ciervos.  
 De allí aprendí á decirte la manera  
 Con que siguió esta Infanta su ejercicio,  
 Dichosa ocupacion, si su hado fuera  
 Tanto como el amor le fue propicio:  
 Mas cuando el bien decir se queda fuera,  
 No hay suerte sin azar, beldad sin vicio,  
 Que subir sin ventura en esta vida,  
 No es mas que andar trazando la caída.  
 Cuentan que el dios Mercurio por el viento  
 A negocios del cielo abria camino,  
 Cuando la bella infanta en firme aliento  
 Un leon flechaba sobre un pardo encino:  
 Siente trocado su primer intento,  
 Vuelto amante mortal de hombre divino,  
 Tuerce la via derecha, deja el cielo,  
 Y ofrece todo su cuidado al suelo.  
 Y no se esconde á la mortal Diana,  
 Tan confiado va en su gentileza,  
 Que sabe cierto que á la vista humana  
 Dulce y tierna prision es la belleza:  
 Y bien que su hermosura es soberana,  
 El cuidado le da mayor fineza,  
 Que para la beldad es el cuidado,  
 Lo que la fuente para el verde prado.  
 El cabello compone, ajusta el manto,  
 Las alas y el dorado caduceo,  
 Que tanto alumbran y relumbran tanto,  
 Que Apolo queda en su presencia feo:  
 Causó á la virgen su belleza espanto;  
 Y el dios cumplió con ella su deseo,  
 Si antes le era la caza deleitosa,  
 Ya le es muerte dejar la selva umbrosa.  
 No escondieron los montes su delito  
 Por mas que acrecentó á la caza el uso,  
 Siendo el crecido talle el sobrescrito  
 De lo que allí encubierto el tiempo puso:  
 El mustio rostro en su color marchito  
 El de su incauta madre trae confuso,  
 Siente arrogante con dolor la afrenta  
 Y mas del vulgo siente que la sienta.  
 Y como la honra en nobles corazones  
 A toda otra importancia es preferida,  
 Y el sentir que anda puesta en opiniones,  
 Peor que muerte en una honrada vida;  
 Calipso abreviar quiso sus pasiones,  
 Beber la muerte en sola una bebida,  
 Y «muera, dijo, quien su honor deshonra,  
 Pues es muerte civil vida sin honra.»  
 Saca el ramo fatal de oro vestido,  
 Que era de su valor la mayor seña,  
 Y del engaste ya desguarnecido  
 Entre frágil le pone y seca leña:  
 Y al enemigo fuego lo ha ofrecido,  
 Que otra venganza tiene por pequeña,  
 Tres veces encenderlo intenta, y luego  
 Otras tantas lo hurta al mortal fuego.  
 Ya lo saca una vez, y otra lo arroja,  
 Ya el fuego apaga, ya lo resucita,  
 Con lágrimas el seco tizon moja,  
 Ya en la brasa lo pone y ya lo quita:  
 La honra y el amor en una hoja  
 La muerte tienen y la vida escrita,  
 Si lo que el uno quiere, el otro niega,  
 ¿Quién podrá componer lucha tan ciega?  
 Ya el miedo del delito que intentaba  
 El rostro mancha de color de cera,